



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

**Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires
Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli**

*SOBRE LOS OBJETOS Y EL CONOCIMIENTO*¹

Francisco Romero

Lo propio del hombre, suele decirse, es poseer espíritu. El espíritu, es cierto, define al hombre, pero el espíritu supone una condición o base previa, un adecuado terreno que se dio en el hombre naciente y del cual carece el animal, salvo alguna rara y transitoria excepción en los rangos superiores de la escala zoológica. Esta base primaria e insustituible de lo humano es la capacidad de objetivar, de transformar estados meramente vividos en objetos sobre los cuales cae por lo pronto la mirada perceptiva y sobre los cuales recaerá más adelante el juicio valorativo -facultad que permitió a la larga, con la objetivación de la propia interioridad, alcanzar la autoconciencia. La capacidad de objetivación, según mi parecer, no es por sí todavía espíritu, aunque sea un paso decisivo hacia él; es conciencia intencional, escisión del campo interior en un polo fijo -el yo- y en un flujo de vivencias que desfilan bajo la atención de ese yo, según ha sido descrito cuidadosamente por Husserl. Los problemas de la objetivación, en general, no han sido todavía suficientemente profundizados, y los de la objetivación de la propia intimidad, en particular, se hallan casi intactos. Entre las más graves interrogaciones figura la de si el yo en su recóndita pureza y desnudez (el "yo", no "lo mío"; percepciones, recuerdos, emociones, etc.) se deja objetivar, ya que, tratándose del sujeto cuyo ser y función se agotan en ser sujeto, parecería haber contradicción manifiesta en que llegara a convertirse en objeto. El animal no objetiva, y la prueba es que se ha quedado en animal, en prisionero de la circunstancia; acaso llegue a pasar, en los casos privilegiados, de una confusa sucesión de estados y afecciones sin distinción entre sujeto y objeto, a un esbozo de bipolaridad, a un vago sujeto (desde luego,

¹ *Cursos y conferencias. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Año XVIII. Vol. XXXV. N° 208-209-210. Julio-Agosto-Septiembre, 1949.*

sin autoconciencia) y a complejos de vivencias más o menos fijos y reiterable; que sean como sombras indistintas de objetos... Entre cualquier conato de objetivación por el estilo y la plena objetivación humana hay un abismo: porque la objetivación es para el hombre una función permanente, constitutiva, normal y en continuo avance. Se objetivan los grupos vivenciales que originan los objetos en el sentido vulgar del término; pero luego se objetiva; también (se separan mentalmente como instancias con ser propio) los modos, partes, propiedades y relaciones de los objeto; produciéndose así un análisis de la realidad que permite los sucesivos reagrupamientos en que consisten en suma las operaciones intelectuales. Creo que no se ha visto todavía con la suficiente claridad que la objetivación no termina con la mera creación o presentación de los objetos comunes; éste es sólo el primer paso, y más allá de él, en continuidad y siempre derivadas de la actividad objetivante, se escalonan todas las operaciones y productos de la inteligencia.

El hombre, originariamente, es el ser para el cual hay objetos y que puede contemplarse a sí mismo como objeto -es decir, desde fuera en cierto modo. Con ello reconoce "de hecho" todo lo existente como existente por sí, aunque supeditándolo todo, al fin y al cabo, a su propio interés y provecho. El espíritu consiste en invertir esta, situación y reconocer también el "derecho" de lo existente; lo existente no sólo existe por sí, sino también para sí. Tras admitir que hay objetos, o sea **poner** los objetos, viene un **ponerse** a los objetos, un "interesarse desinteresadamente" por ellos; esto es el espíritu. En la actitud cognoscitiva corriente, nos importan las cosas con vistas a algún fin concreto; en la actitud cognoscitiva espiritual (libre curiosidad, ciencia, filosofía) nos preocupa conocer las cosas en su ser y maneras, sin otra intención que la de abarcarlas intelectivamente. En la práctica habitual, nos manejamos entre nuestros semejantes atendiendo a nuestro agrado o utilidad; en la pura actitud ética (espiritual) nos volvemos totalmente hacia ellos, los consideramos fines y no medios (Kant), regimos nuestra conducta por ellos (y por nosotros mismos) en cuanto objetividades (por nosotros mismos, por ejemplo, cuando hacemos respetar nuestro derecho, porque es derecho y no porque es nuestro). Con estas indicaciones, adelanto sucinto de desarrollos amplios en los cuales trabajamos actualmente, se justifica lo dicho al comienzo y se sientan estas tesis: El Hombre aparece como una conciencia intencional, que pone un mundo de objetos naturales; la objetivación trae consigo la expresión (Croce). El hombre se perfecciona y completa en la actitud espiritual, mediante la cual se pone él a los objetos. Para la conciencia intencional, los objetos son meros hechos; el espíritu reconoce el propio derecho de cada objeto, postura cuya culminación se da en la actitud ética.

La objetivación, como se ha dicho, ocurre primeramente "instituyendo o presentándonos objetos, elaborados con la materia de nuestras sensaciones. Esta objetivación inicial nos proporciona el mundo dentro del cual vivimos. Presentes estos objetos, el hombre piensa en ellos, sobre ellos y alrededor de ellos y esto sucede mediante una segunda clase de objetivaciones, que para cada objeto objetiva todo lo objetivable; las partes separables; las notas físicas (color, sonido, etc.), las de número y forma, las de valor; las múltiples relaciones reales (como la causalidad) e ideales (como la de mayor a menor), por las cuales cada objeto se enlaza con otros y a, la larga con todos los demás, con el universal todo; las funciones, actividades y posibilidades de cada objeto; la nota de existencia, en sus varios modos, y, en general, todo lo pensable por separado en los objetos.

Estas objetivaciones secundarias constituyen un verdadero análisis -o, mejor dicho, son "el análisis"- de la realidad, operación capital de la inteligencia. Disgregan la realidad, practican en ella un detallado inventario. Después sobrevienen ordenaciones de lo analizado u objetivado, según muy diferentes criterios y principios, reagrupándose los materiales en variadísimas formas, y se obtiene así el mundo de los conceptos y de las sucesivas síntesis conceptuales. Y no sólo los conceptos, sino también los juicios, que no son sino la transcripción lógico-psicológica de las relaciones objetivadas. La inteligencia se agranda en cuanto se incrementa la descomposición, y crece y se diversifica con la capacidad de inéditas reagrupaciones de lo analizado, de novísimas síntesis. La genialidad humana depende de la potencia para realizar estas manipulaciones, y suele ser parcial, como todo lo humano. Unas veces es genialidad analítica (los grandes escépticos, las grandes mentes críticas aun sin escepticismo) y otras veces es genialidad sintética (Newton), sin que falte la cabal genialidad compensada de quien es excepcional en ambas capacidades: así acaso Aristóteles, aunque me parece más afortunado cuando analiza que cuando sintetiza. Lo importante es no olvidar que en el fondo de todo esto, como esencial resorte, funciona la actividad objetivadora; objetivación de los aspectos y rasgos parciales en cada objeto y de sus conexiones con todo lo demás; nuevas objetivaciones que son síntesis de estos elementos dispersos. Y recuerdo de paso, sin que pueda ahora detenerme en ello, que toda la cultura es objetivación.

Entre los abundantes asuntos que el tema propone a la meditación, elijo una dirección, la que conduce a la organización del saber en las ciencias.

El primer resultado de la objetivación, como ya sabemos, es el mundo de los objetos, el mundo en el cual vivimos. La superficie de la Tierra se nos aparece poblada de cosas y seres: entre ellos estamos nosotros. Esta superficie remite a la profundidad terrestre. Por encima de la dicha superficie está la atmósfera, y a lo lejos vemos los astros. Este es el mundo objetivo dado a nuestro conocimiento inmediato. En él reina indudablemente cierto orden, un orden que podemos denominar natural o vital, y que no es el orden que luego impondrá a las cosas nuestro conocimiento reflexivo. Los animales se distribuyen según sus conveniencias y modos de vida, si siguen libremente sus impulsos, y de acuerdo con las necesidades humanas, si se trata de animales de domesticidad; igual ocurre con las plantas. En las ciudades, los habitantes, las calles, las casas, los vehículos, se reparten o comportan según ciertas normas urbanas. Los cuerpos que vemos en el firmamento se disponen también según cierta ordenación y los movimientos que en ellos advertimos siguen ciertas reglas. El universo perceptible, en suma, se nos manifiesta como un cosmos, consistente, estable a su modo, maniobrando según comportamientos habituales.

Respecto a este orden espontáneo de los seres y las cosas, tengamos en cuenta lo siguiente: En cuanto orden es algo, es advertido y objetivado y pasa a ser asunto de reflexión científica; así, por ejemplo, la ciencia estudia la distribución geográfica de cada especie vegetal y animal. Pero, desde otro punto de vista, la reflexión científica rompe ese orden material o efectivo, el orden mundano de los objetos, y lo reemplaza por un orden intelectual, artificioso en cuanto se contrapone al efectivo reparto de los objetos, pero en el fondo natural también, porque nuestra inteligencia no lo inventa caprichosamente, sino que

lo estatuye siguiendo ciertas pautas indicadas por los objetos mismos. La ciencia, pues, prescinde del orden natural de los objetos al estudiarlos, sin perjuicio de hacer de ese orden natura un especial objeto que investiga por separado.

El orden reflexivo, distinto del natural, surge en realidad antes de aparecer la ciencia; o, dicho de otra manera, el primer intento de saber científico coincide con los comienzos de la reflexión. La operación preliminar de la ciencia y la base de las ciencias elementales, las descriptivas, es la ordenación de las cosas y los seres atendiendo a su índole o naturaleza; así se produce la clasificación o agrupación ideal de los individuos en especies, de las especies en géneros, de los géneros afines en otros géneros superiores; piénsese en la clasificación botánica o zoológica. Esta operación, que la ciencia cumple sin duda con un rigor y fundamento inconcebibles fuera de ella, la realiza antes el lenguaje, y ya por aquí advertimos la continuidad existente entre el lenguaje y la ciencia: fruto y depósito el lenguaje de la reflexión primaria del hombre, la ciencia afina y prolonga su obra y viene a ser en parte una crítica del lenguaje, o mejor dicho, de la experiencia almacenada en él. El lenguaje sólo por excepción nombra las cosas singulares; las palabras poseen significaciones generales. Y esta generalidad no se limita a los nombres sustantivos (agua, hombre, perro, mesa) y adjetivos (bueno, turbio, negro) ; los verbos expresan las acciones en su generalidad, son generalidades dinámicas, como los nombres son generalidades estáticas, y aun las preposiciones, conjunciones, etc., tienen también sentido general. Por ahora no nos importan oír o los nombres. La nominación va, pues, de la mano con la formación de conceptos generales, y esta conceptuación se apoya en una objetivación que puede ocurrir de dos maneras: o se objetivan por separado los rasgos comunes de los objetos semejantes, y se los reúne en un concepto que los comprende (concepto abstractivo o empírico), con la comparación efectiva, por lo tanto, de una muchedumbre de objetos; o bien se aprehende y objetiva en un único objeto la estructura fundamental y necesaria, lo que lo caracteriza como tal objeto y como miembro-de su especie, en una experiencia intelectual que vale sin excepción para todos los congéneres (concepto esencial, o meramente esencia). En lo tocante a las especies (grupos de individuos), el lenguaje proporciona ya a la ciencia copioso material; una cantidad enorme de especies registradas por el uso lingüístico pasa al campo científico, aunque todas deban ser revisadas críticamente y muchas se revelan como falsas especies, apropiadas para el empleo práctico pero nada más. En cuanto a los grupos superiores a la especie registrados en la lengua, obedecen demasiado, por lo común, a propósitos aplicativos para que puedan tener validez teórica. La ciencia elabora un extenso y complicado sistema de conceptos, de generalidad creciente, que abarca los seres y las cosas, todos los objetos dados en la experiencia primaria y otros que escapan a ella; las disciplinas encargadas de tal faena -como la mineralogía, la botánica, la zoología- son en buena medida descriptivas y clasificatorias, ordenan la realidad en especies y géneros, y estipulan con rigor el modo de ser de cada grupo mediante definiciones estrictas. Exponen la realidad en un orden nuevo, dependiente del propio ser de los objetos y no de su ocasional reparto en el ámbito de la realidad. El concepto o la especie "perro" engloba todos los perros, los fenecidos como los existentes y futuros, y hállese donde se hallen los ejemplares actuales comprendidos en la especie. La notable diferencia entre este orden y el orden natural o espontáneo salta a la vista. Los gatos, en la realidad, están en las casas, muy cercanos a los hombres; en la zoología se

ponen alejadísimos de los hombres y en compañía y fraternidad con los leones y los tigres, con los que no suelen tropezarse en la vida. Las ballenas y las focas se hallan, en el orden espontáneo, en el agua, conviviendo con los peces, y los murciélagos se trasladan por el aire y se encuentran por tanto próximos a las aves, mientras que en el orden científico todos ellos, como mamíferos que son, se agrupan con los restantes mamíferos y distantes, en consecuencia, de peces y aves respectivamente. La ciencia lleva adelante así una ordenación que atiende a la índole y estructura, y se despreocupa de los respectos espaciales y temporales, tan importantes en la ordenación inmediata; una especie extinguida hace fabulosa cantidad de años puede situarse próxima a otra viviente en la actualidad (aunque el respecto temporal intervenga cuando la ordenación incorpora un sentido genealógico). Al cumplir esta faena, la ciencia -precedida por el lenguaje y continuando su obra- crea un nuevo campo de objetos, los objetos específicos y genéricos, y efectúa al hacerlo un reordenamiento lógico de la realidad, pero sin descomponer todavía los objetos en sus elementos, sin estudiar por separado cada parte y especial modo de ser de los objetos. Si se ha atendido en ellos a sus rasgos, ha sido ante todo para objetivar, aislándolos, los rasgos comunes y prescindir de los diferentes. En esta etapa descriptivo-clasificatoria la ciencia viene a descubrir un orden lógico, yacente en la realidad bajo el orden ocasional y espontáneo, sin ir más allá de los objetos mismos, bien que de ellos se retenga sólo lo que entra en los casilleros ideales de las especies y los géneros.

Antes de pasar adelante conviene dejar aclarado un punto. Como se ha dicho, lo que este tipo de consideración científica realiza es semejante en esencia a lo efectuado por la primera reflexión espontánea sobre los objetos. Desde el principio, el pensamiento reúne los objetos en clases y asigna nombres a estas clases; indudablemente, no podrían ser pensados los objetos si no pudiéramos elevarnos sobre la consideración de cada uno como entidad separada y diferente de todas las demás, pues tendríamos que hacer para cada uno el trabajo mental que hacemos para toda la clase, y nos moveríamos entre una ilimitada cantidad de instancias separadas. Tener el concepto "hombre" equivale a poder atribuir de antemano a cada hombre que se nos ponga delante todas aquellas determinaciones y experiencias cifradas en el concepto. Además, la nominación no sería posible si cada objeto o proceso de la realidad debiera recibir una especial denominación; las palabras, salvo excepciones muy contadas, nombran clases de entes, cualidades, procesos y relaciones. La experiencia acumulada en el lenguaje -esto es, la primaria y común experiencia reflexiva- y la que van elaborando las ciencias en la etapa descriptivo-clasificatoria, es del mismo jaez, si bien en el lenguaje esa reflexión es ingenua, mientras que en la ciencia es consciente y crítica. Pero ha de anotarse en seguida que si, en cuanto depósito de experiencias, hay este parecido y aun continuidad entre el lenguaje y la ciencia descriptivo-clasificatoria, en cambio hay notable diversidad en las funciones de uno y otra. La ciencia, en el escalón dicho, avanza por ese camino, se perfecciona sucesivamente como saber de especies y géneros y como distribución sistemática de los mismos; el lenguaje se aplica a otro oficio, busca expresar y comunicar, y no todas sus expresiones y comunicaciones se refieren a especies y géneros, sino que con mayor frecuencia, sobre todo en su empleo más común y cotidiano, debe hablar de cosas y casos individuales. De aquí uno de los mecanismos más interesantes del uso idiomático, la determinación, mediante la cual el material lingüístico, en sí específico y genérico, llega a servir para expresar lo singular. La determinación

cambia la palabra general en algo así como un nombre propio; "mesa" es palabra general, válida para cualquier mesa, pero cuando digo: "esta mesa", "aquella mesa", "la mesa ante la cual estoy", "la mesa que compramos ayer", el término queda circunscrito para significar un objeto único e inconfundible. Las gramáticas no se preocupan demasiado de explicar el funcionamiento y los recursos de este proceso determinativo, capital en el lenguaje, en cuanto ocurre dentro de los medios del lenguaje mismo, es decir, en cuanto unas palabras son determinadas por otras, y se olvidan en absoluto -o, mejor dicho, desconocen- otra manera importantísima y constante de la determinación, la que ocurre en virtud de las situaciones en que se encuentran el parlante y el oyente, asunto que he estudiado hace algún tiempo.²

En la etapa examinada, el trabajo científico agrupa los objetos en especies y géneros, y dispone éstos según un orden que la mente va descubriendo en ellos, en sus estructuras y naturales relaciones. Tras esta operación, la ciencia se propone otra tarea que cala a mayor profundidad. Objetiva en los objetos los elementos, propiedades, procesos, relaciones, etc., y con estos parciales componentes o modos de ser constituye grupos o familias, prescindiendo de los objetos a los cuales pertenezcan. Así los elementos materiales de las cosas y los seres y ciertos procesos de esos elementos son investigados en la química. La física se organiza reuniendo en un haz una multiplicidad de estos grupos o familias de hechos: el grupo de los hechos de pesantez, de los eléctricos, de los lumínicos, de los térmicos, de los rústicos, etc. Antes se forjaban especies y géneros de individuos concretos; ahora se hacen también en cierto modo especies y géneros, pero no de individuos, sino de todo aquello que constituye e integra los individuos. Aquí también el lenguaje entrega ya una cosecha copiosa: los conceptos de color en general y de cada color en particular, de sonido, de peso, etc., están dados por la reflexión originaria que tiene en el lenguaje su depósito. Pero la labor científica se aparta más que anteriormente de la experiencia común, porque no se limita a describir y clasificar grupos de entes, sino que avanza en el interior de éstos, ahonda sin reposo en la realidad, la disgrega y a cada paso descubre panoramas nuevos, perspectivas inesperadas y sorprendentes. Esta descomposición de los objetos para el examen por separado de cuanto los constituye es asunto de la experiencia, de la rigurosa comprobación de hechos temporales, de fenómenos sensibles (biología general, química, física). En otro plano muy distinto, las ciencias matemáticas vienen a realizar una faena parecida, aunque no idéntica. También ellas estudian entes que -desde cierto especie! punto de mira- pueden considerarse constituyentes de los objetos individuales; las condiciones o propiedades de número, dimensión y forma, en efecto, son atributos de los seres y cosas, como lo son las propiedades físicas, y a cada objeto le es inherente, según el caso, ser "un" ente, estar compuesto de determinada cantidad de cuerpos simples, tener tantos o cuantos huesos o extremidades, tener tal medida y tal peso, aproximarse en su figura general y en la de sus partes a estas o aquellas formas geométricas. Las determinaciones matemáticas aparecen de diverso modo según su índole: las de numeración, en manera rigurosamente determinable en muchísimos casos (no hay duda de que el hombre tiene una cabeza y dos brazos); las que importan medida, en modo

² Ver mi trabajo *Comunicación y situación*, en la *Revista de Filología Hispánica* (publicación del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires), año V, núm. 3.

estricto en sí, pero jamás comprobable con absoluto rigor (la dimensión de un cuerpo, su largo o su ancho, es en cierto instante el que es, pero es imposible por varias razones llegar a la medida precisa), y las de forma, como mera aproximación a las figuras de la geometría. Es, como se advertirá, una escala: de lo existente y muchas veces comprobable, a lo existente pero no comprobable y a lo sólo existente como parecido más o menos próximo. Las determinaciones matemáticas se dan en los objetos, pero no se acepta -como para las otras- que para su estudio sean aisladas y extraídas de los objetos. El empirismo lo juzga en parte así, pero la opinión más difundida va por otro rumbo: supone que los entes matemáticos son esencias que la mente aprehende directamente en pura operación intelectual, sin necesidad de recurrir a la experiencia, aunque la ejemplificación sensible sugiera y auxilie subsidiariamente (como la figura dibujada en el encerado guía la demostración geométrica). Hemos de aceptar, pues, que los objetos concretos constan de dos clases de elementos, notas y propiedades: los de índole real y temporal, que son estudiados empíricamente en la biología, la física, la química; y los de índole ideal o irreal, intemporales, que capta la razón y son **a priori** y ajenos por tanto a la experiencia, en su sentido habitual de comprobación de hechos, aunque no hay inconveniente en decir que son asunto de una peculiar experiencia, intelectual o ideal.³

Volviendo ahora sobre el tipo de ciencia considerado anteriormente, o sea la serie de las ciencias descriptivo-clasificadorias (mineralogía, botánica, zoología), vemos que en su madurez y tal como existen actualmente, tienen en cuenta las investigaciones que realizan estas otras y evitan cuidadosamente repetirlas, tomándolas como supuestos o complementos suyos. Cuando en mineralogía se indica la composición de cierta roca no se repite para sus elementos lo que sobre esos cuerpos exponen la química y la física. La botánica y la zoología remiten a la biología para los hechos generales de la vida. Cuando se dice en botánica que el tallo de una planta es de forma cilíndrica, no se explica lo que es el cilindro: la geometría se carga de eso. Y así sucesivamente.

En lo dicho hasta aquí se ha procurado mostrar dos tipos de conceptualización científica: la objetivación de lo común en los objetos afines, para obtener lo que podría denominarse los **primeros objetos científicos** (las especies y los géneros de los objetos dados y efectivos, de cuya índole deriva la correspondiente ordenación sistemática o científica), y lo que se denomina los **segundos objetos científicos** (esto es, los elementos reales e ideales, convertidos también en especies y géneros). Para no alargar estas reflexiones, ni siquiera se mencionan las muchas cuestiones que en este punto se suscitan. Por excepción se destacará una sola, de singular alcance por referirse a los grados y modos del conocimiento.

Los objetos dados, los objetos singulares ofrecidos a la ciencia común, pertenecen al

³) Sobre esto y otros temas afines, ver mis trabajos *El presente inviolable y Teoría y práctica de la verdad, la claridad y la precisión*, en el volumen *Filosofía de la persona* (Losada, Buenos Aires, 1944); También el capítulo X (*Lógica de la matemática*) en Romero-Pucciarelli, *Lógica* (Espasa-Calps, 9ª edic., Buenos Aires, 1945).

plano sensible: los recibimos mediante la llamada percepción sensible. Las especies y los géneros de objetos (los primeros objetos científicos) resultan una elaboración racional que trabaja sobre aquel material sensible, el cual es transformado, recapitulado, reducido a universales ideales en las que no entra lo que en cada ente singular es peculiaridad individual. Hay una selección y reordenación de la experiencia, pero no se va más allá de la experiencia misma.

Otra cosa ocurre con los segundos objetos científicos, que suponen una descomposición de los objetos dados. Se deja de en estas indicaciones lo tocante a la esfera matemática, hallarse sometida a un régimen especial; lo que sigue, pues, ha de entenderse como atinente con exclusividad al orden real, temporal. Estos segundos objetos científicos son procesos y entes. Los procesos se registran en leyes cuando se ha llegado a determinarlos con precisión. Las leyes naturales son verdaderas especies; especies dinámicas, podríamos decir. En las leyes empíricas, sean inductivas o estadísticas, la experiencia es siempre sobrepasada, porque no se limitan a formular la regla de los casos comprobados, sino la regla del suceso en cuestión en general, para todos los casos pasados, presentes y futuros. Y no sólo la extensión de la regla al futuro es problemática, como lo reconoce la actual epistemología, sino cualquier extensión de la regla más allá de los casos comprobado. Una ley es, aparentemente, un juicio: tal suceso ocurre de tal modo. En realidad, en cada ley formulada laten dos juicios uno asertórico (tal suceso ocurre de tal modo, en los casos comprobados) y otro problemático (tal suceso, en general, ocurre probablemente de tal modo). Pero el único juicio que se formula es el segundo, restándole la problematicidad: tal suceso ocurre, en general, de tal modo. En términos que suenan a paradójales, puede sentarse esta tesis: todas las leyes naturales son falsas. Esto es, toda ley de experiencia, en cuanto formulada, como se acostumbra, en expresión asertórica, es falsa, porque no hay derecho a enunciar como asertórico o terminante lo que no pasa de ser problemático, dudoso. Nótese que ni aun en los casos de muy repetida y aun continua comprobación, sin que haya surgido nunca una excepción a la regla, se pasa de la probabilidad a la certeza asertórica, porque la suposición de que no habrá tampoco excepción en los casos no advertidos del pasado o en los futuros carece de suficiente fundamento, cuando se trata de una ley verdaderamente empírica. Si aceptamos que debemos atenernos a lo comprobado, nada hemos de tomar por absolutamente cierto salvo lo comprobado. Si nos arrojamos a ir más allá de la estricta comprobación, ya estamos admitiendo un criterio ajeno a la rigurosa experiencia. La ciencia formula con cabal justificación leyes o reglas de los sucesos que rebasan la comprobación, y hasta debe decirse que no podría dejar de hacerlo; el éxito corrobora la licitud del procedimiento. Pero ha de tenerse en cuenta, a pesar de todo, que la extensión de la regla más allá de los casos comprobados no pasa de ser problemática, y que esta problematicidad no consta por lo común en la formulación de las leyes, formulación inadecuada e indebida por dar en forma asertórica lo meramente problemático.

En los que se ha denominado antes segundos objetos científicos, en general, el rebasamiento de la experiencia segura asume otro aspecto más radical y profundo. Pensemos ante todo en la física, donde ello resulta más patente que en otras ciencias. La física funciona en dos planos, que por brevedad llamaré el plano sensible y el plano

racional o inteligible. Son estudiados en ella, por un lado, los colores tal como los percibimos, los colores en cuanto colores, bien que tratando de eliminar lo que en la percepción es variación individual; por otro lado, se procura llegar al "verdadero ser de los colores", a lo que en sí no es ya color pero que nos produce la impresión del color al entrar en relación con nuestra estructura sensible. Aunque la interpretación mecánica de la física no goce ya de mucha autoridad, me atenderé a ella porque muestra con particular evidencia los dos planos en que se mueve el pensamiento físico, y porque su reemplazo por otras interpretaciones no altera fundamentalmente la situación que nos interesa. Generalizando lo dicho sobre el color, tenemos, por una parte, el plano de los hechos percibidos, de los fenómenos dados, como el color, el sonido, etc., y por otra, el plano de la teoría o de la explicación, donde se postula una realidad paralela a la percibida, pero mucho más honda, realidad profunda y verdadera de la cual los hechos percibidos se consideran manifestaciones o ecos a través de la peculiar organización psico-física del sujeto percipiente. En la interpretación mecánica, como es sabido, todo fenómeno físico se juzga que es, en su realidad última, mero hecho de masa y movimiento; que con las masas y los movimientos se explica la infinita diversidad del orbe físico. En las ciencias del otro grupo, en las dedicadas a estudiar los que he llamado primeros objetivos científicos, no ocurre esto; recapitulan la experiencia, la elaboran conceptualmente, construyen nociones específicas y genéricas, y se quedan ahí, se mantienen en el terreno de lo aprehensible.

Desde cierto punto de vista muy general, las actitudes respecto al conocimiento se pueden reducir a tres, que me esforzaré en caracterizar sumariamente y con la posible claridad. La postura primaria es la del **realismo ingenuo**; consiste en considerar que la realidad es lo inmediatamente percibido, las cosas visibles y tangibles tal como las advertimos. El hombre sin cultura científica ni filosófica no abandona esta convicción; quienes se hallan familiarizados con la ciencia y la filosofía la superan, pero sólo en cuanto reflexionan críticamente, pues en la vida diaria, en su trato habitual con personas y cosas, la mantienen ni más ni menos que el hombre desprovisto de instrucción superior. La segunda actitud supone haber reparado en que el llamado conocimiento sensible depende de la específica índole de nuestra organización psico-física. Se advierte el carácter subjetivo de las propiedades de color, sonido, calor, etc., y, tras una exégesis explícita o tácita de nuestro conocimiento inmediato, se pasa a buscar el ser o la sustancia de las cosas, aquello que son ellas en sí mismas y libres de la deformación impuesta por la aprehensión subjetiva. Este enfoque es el de la filosofía griega desde los presocráticos, y se apoya en la creencia en el absoluto poder cognoscitivo de la razón, concebida como capaz de llegar sin impedimento y por sus propias fuerzas a la genuina realidad existente tras las apariencias sensibles; en general, es la posición de cualquier racionalismo estricto, esto es, persuadido de la perfecta adecuación del pensamiento racional a la realidad última, y por tal motivo lo denominaré **racionalismo dogmático**. La tercera actitud sostiene que así como el conocimiento sensible nos da una versión de la realidad determinada por sus propios módulos, también la razón tiene sus maneras y principios propios, distintos de los de la realidad, por lo cual no nos muestra cómo es la realidad en sí, sino cómo resulta para nosotros después de moldeada por la razón. Usaré la denominación de **relativismo crítico** para esta postura, cuyo ejemplo por excelencia es el kantismo.

Pasemos ahora a una confrontación de los tipos de conceptualización científica, tal como han sido caracterizados en páginas anteriores, con estas tres fundamentales actitudes de conocimiento.

Las ciencias descriptivo-sistemáticas, que estudian los primeros objetos científicos (especies y géneros de objetos dados), se desenvuelven en un terreno que viene a ser el mismo del realismo ingenuo. Se dirá acaso que los objetos, las cosas y los seres que en su conjunto componen la realidad, son para el realismo ingenuo los objetos singulares de la experiencia inmediata, mientras que los objetos de estas ciencias son las especies y los géneros, distribuidos en rigurosos cuadros sistemáticos. Pero ha de tenerse en cuenta, como antes se indicó, que la experiencia ingenua y precientífica se eleva en seguida a especies y géneros, como lo prueban las palabras del lenguaje corriente, que son, salvo muy escasas excepciones, designaciones específicas y genéricas, y no sólo los nombres, sino también los verbos y aun las partículas. El realismo ingenuo concibe sin duda la realidad como compuesta sin más de las cosas visibles y tangibles, pero para pensar esas cosas las reduce a especies y géneros. Las especies y los géneros de esta experiencia primaria, por su vaguedad, por los errores derivados de una apreciación superficial y por hallarse sometidos a las inconveniencias prácticas, no coinciden del todo con las especies y los géneros científicos; pero ello no obsta a la semejanza en la actitud y en el procedimiento.

Veamos lo que ocurre con la física, que he tomado como nuestra de las ciencias que investigan los elementos, propiedades, etc., de los objetos. Los objetos de la física - pertenecientes al grupo de los segundos objetos científicos- tienen dos caras o se descomponen en dos objetos. El color, por ejemplo, es estudiado como color (segundo objeto científico propiamente dicho) y, además, como algo invisible que produce en nosotros la impresión de color: estos fundamentos no sensibles de los hechos físicos sensibles pueden ser llamados terceros objetos científicos, y constituyen la capa de la explicación o de la teoría física (por ejemplo, en la explicación o teoría mecánica, las masas y los movimientos). Con los segundos objetos científicos (como los colores, los sonidos, etc.) ocurre lo que con los primeros objetos científicos: residen en el plano del realismo ingenuo. Es ya la experiencia ingenua y primaria la que distingue en la realidad colores y sonidos, aislándolos de los cuerpos coloreados y sonoros respectivamente, distribuyéndolos en especies y géneros registrados en palabras. Hasta aquí la ciencia no es sino prosecución y perfeccionamiento, muy vastos y profundos sin duda, de esa experiencia primaria cuyo depósito es el lenguaje. Introduce el puro interés teórico, el examen crítico, la rebusca de lo no perceptible de primera intención y otros principios y recursos, pero hay notoria continuidad entre ella y la experiencia común. Pero, de repente se abre ante la ciencia otro mundo, el de los terceros objetos científicos. Como ha advertido Dilthey, su supuesto es un razonamiento causal: admitido que los hechos perceptibles están condicionados por nuestra estructura psico-física, no pueden satisfacer -por su mismo relativismo- para una concepción científica de la realidad, y se indaga en consecuencia cuáles son los entes o hechos capaces de producir tales impresiones sensibles en nosotros, esto es, se buscan las causas que producen -como sus efectos- aquellos hechos en nuestra organización cognoscitiva sensible. La única manera de ir más allá de la versión sensible de la realidad consiste en acudir a una versión racional, en reemplazar aquélla por ésta. Al trasladarse a

este plano, la ciencia realiza el tránsito que en filosofía es el pasaje del realismo ingenuo al racionalismo dogmático, el mismo que dio origen a las primeras metafísicas de nuestra estirpe, las de los presocráticos. La ciencia, en sus últimos avances, no sale de tal racionalismo dogmático, aunque determinados hombres de ciencia vayan ocasionalmente más lejos, asociando a la ciencia estricta consideraciones de tipo epistemológico. Es importante aclarar que no se sienta con lo dicho la perfecta racionalidad de los que he denominado los terceros objetos científicos, sino que meramente se afirma la ilimitada confianza en la razón con que se efectúa el tránsito desde el plano de la experiencia sensible a este nuevo plano de la explicación, por el intermediario de un razonamiento causal.

Como es bien sabido, la filosofía adelanta otro paso y convierte la razón en problema. Ello ocurre ejemplarmente en Kant, por lo cual lo tomaré como representante de esta postura, a la que he llamado relativismo crítico para abarcar en ella también otros planteos diferentes del kantiano. Para Kant, la sensibilidad y la razón cooperan en darnos una visión de la realidad que, por hallarse sometida a las formas y actividades peculiares de ambas, no nos muestra el ser de la realidad en sí, lo que ella sea independientemente de cualquier deformación o interpretación subjetiva. No se juzga ya únicamente, por lo tanto, que el conocimiento sensible sea subjetivo, deformador o transformador, sino que la misma condición se atribuye al conocimiento racional, porque se considera la razón compuesta por un haz de formas o actividades que funcionan según ley que les es propia y que no tiene nada que ver con los modos de ser de la realidad última, realidad incógnita para nosotros puesto que carecemos de toda posibilidad de lograr una imagen fiel de ella. En la esfera teórica, la principal ocupación del filósofo será, pues, investigar la razón misma e interpretar sus productos -los conocimientos- como el resultado de sus especiales modos de operar. De todo esto derivan dos consecuencias, una general y la otra, aunque particular, de considerable alcance. La consecuencia general es que el tras mundo racional de la ciencia -los que he llamado terceros objetos científicos- no constituyen una realidad en sí e independiente, sino una construcción de la razón acomodada a sus principios y normas; la consecuencia particular es que, tanto para Kant como para muchos otros adherentes al relativismo crítico, la causalidad es un molde o relación que la razón posee e impone, y no algo propio de la realidad y vigente en ella, de modo que la misma exigencia de una realidad última pensada como causa de los fenómenos sensibles, así como el razonamiento causal que nos conduce desde los segundos objetos científicos hasta los terceros, esto es, desde la capa de lo percibido a la de la explicación, son cosa y arbitrio de la razón, sin significado ni valor fuera de la esfera del sujeto —bien que todo ocurra en un orden subjetivo universal, dentro del cual anidan y necesariamente funcionan todos los sujetos individuales en cuanto sujetos racionales.

Desde cierto punto de vista, se dijo, las actitudes respecto del conocimiento se pueden escalar así: realismo ingenuo, racionalismo dogmático y relativismo crítico. El realismo ingenuo es la visión primaria de la realidad, concebida como el mundo de las cosas percibidas; el racionalismo dogmático desmiente esa visión originaria, la juzga condicionada por nuestros recursos perceptivos, y se lanza a descubrir, mediante la razón, la realidad verdadera; el relativismo crítico sostiene que la razón se ilusiona cuando cree descubrir tal reafición porque cuanto concibe o aprehende está determinado de antemano

por sus normas y principios, que le son peculiares y exclusivos. La ciencia, como hemos visto, trabaja en el plano del realismo ingenuo (primeros y segundos objetos científicos) elaborando críticamente los datos que en ese campo se le ofrecen, y se extiende luego por el plano del racionalismo dogmático (terceros objetos científicos), en una actitud semejante a la de los presocráticos y a la de los metafísicos racionalista de toda laya, con la diferencia acaso de que sus manipulaciones intelectuales son más cautas y cada vez más las auxilia con un imponente instrumental matemático y técnico. La tercera actitud, la del relativismo crítico, es ajena a la ciencia en cuanto tal, pero en los últimos tiempos se ha ganado el aprecio de ciertos hombres de ciencia que más bien se acercan a ella como epistemólogos que como puros científicos. En su comportamiento habitual la ciencia es realista; maneja los objetos de la experiencia común, y cuando los abandona es para estatuir por vía racional otros objetos recónditos de cuya realidad está segura, aunque dude a veces de haberlos captado con fidelidad y justeza. Practica una elaboración y ordenación de la experiencia inmediata, y luego, persuadida del relativismo del conocimiento sensible, edifica un mundo inteligible, fundamento y causa del sensible. Profesa, en última instancia un ontologismo racional dogmático.

La filosofía, por su parte, se mueve ya toda ella en el plano del relativismo crítico o en otros que lo suponen; no le es lícito remontar camino y establecerse en el terreno del dogmatismo racionalista, y menos aún en el del realismo ingenuo, que siempre ha sido actitud prefilosófica. Formalizado el de la razón, no es hacedero en adelante prescindir de él y olvidar que la razón hierve en problemas. Los puntos de pueden diferir infinitamente de los kantianos; abundan los conatos de nuevos realismos, bien por vía no mediante la razón sometida a severa vigilancia crítica. Lo importante es reconocer que si llegamos a la realidad por la razón, en nuestra interpretación de la realidad deberemos tomar nota de lo que hayamos resuelto antes sobre la razón, tanto si seguimos creyendo en ella como supremo recurso cognoscitivo, como si le oponemos otro de distinto género. Esto es fundamental para la filosofía –y extraño a la ciencia.